



Laura de Santelmo, notable artista de varietés, que está actuando en el salón fons, de Lisboa, con gran éxito

EL HOMBRE-PEZ DE LIÉRGANES

La historia de este anfibio extraordinario constituye un tema refrigerante para el ambiente que nos circunda en estos días caliginosos.

Pocas vocaciones asaltaron á ningún hombre con impetuosa analogía á la experimentada por el hombre-peze. A los diez y ocho años desaparece en la ría de Bilbao, creyéndole ahogado sus compañeros, que llevan á la familia la triste nueva, juntamente con las ropas del prodigio venidero. A los cinco años del suceso, un navío holandés, procedente de las costas septentrionales, descubre en la costa de Dinamarca un hombre ó pez que de medio cuerpo arriba tenía la forma racional. Ante un disparo de artillería, el hombre-peze se sumerge bajo las ondas. Poco tiempo después el prodigio aparece en el Canal de la Mancha; detiense allí algún tiempo, y pasa á las costas de Andalucía, dejándose ver en la bahía de Cádiz, con el natural espanto de las gentes. La captura del hombre-peze se establece en regla, por orden del jefe de la plaza, siendo infructuosos todos los esfuerzos empleados, porque el hombre-peze desaparece bajo el agua constantemente. Era una especie de submarino viviente.

En el Puerto de Santa María, donde también hizo su aparición un año después, tam-

poco fué posible darle alcance. El hombre-peze cae, por fin, como si dijéramos, sano y salvo en poder de los marineros, cuando había vuelto de nuevo á la bahía de Cádiz, después de haber sido objeto de un cerco acomodado á todas las reglas de la estrategia náutica.

Francisco de la Vega cambió de ambiente y se trocó en terrícola, hombre-marino que era antes. Lo primero que advirtieron los circunstantes en el hombre-peze, fué que había perdido el habla, pues nada contestó, interrogado primero en castellano y luego en otras lenguas. Como en el concurso figurasen los religiosos franciscanos de la localidad. Francisco de la Vega fué exorcizado, sin resultado visible, según los testigos de mayor cuenta, pues se quedó exactamente como estaba después de los conjuros.

En presencia del silencio inquebrantable del hombre-peze, un suceso sorprendente dejó sobrecojidos á los circunstantes: un lego le ofreció pluma y papel, y aquel sér acuático estampó estas palabras, que volvían á darle filiación humana: «Francisco de la Vega Liérganes».

Otros afirman que el hombre-peze, apenas pisó la tierra, profirió estas tres especies: «pan, tabaco, Liérganes» (suprimiendo el sonido de la r). Sea lo que fuere de ambos prodigios, Francisco de la Vega fué trasladado á



Alfonso Hernández Catá, ilustre escritor, que ha publicado un nuevo libro titulado «Los siete pecados»



La Srta. Purita Ferrer Orduña, que ha obtenido el premio extraordinario en los estudios superiores de piano en el Conservatorio de Valencia

su lugar natal, donde vivió algún tiempo, desapareciendo después para siempre. En Liérganes reconoce los lugares donde transcurrió su infancia, é igualmente á su madre y á sus hermanos, pero sin exteriorizar emoción alguna. Hace gran consumo de agua y de tabaco, y gusta de las comidas abundantes y escogidas, que le comunican alguna fuerza emotiva.

El hombre-peze, silencioso, nunca dió cuenta de sus andanzas por los mares. Únicamente pudo deducirse de algunas expresiones incoherentes que profería de cuando en cuando, que en el Canal de la Mancha le inspiró terror pánico un pez, que debía ser el congrio, según dedujeron sus oyentes.

El P. Feijóo, en su *Nuevo teatro crítico*, dedica un extenso comentario á las pasmosas aventuras del hombre-peze, sin juzgar absurda su existencia, á pesar de hallarse en contradicción flagrante con las leyes naturales. Los naturalistas mejor informados, Cuvier entre otros, no creyeron en la existencia de estos hombres marinos, cuyos hechos consideran absurdos y fabulosos.

Mas, de todas suertes, el suceso, real ó ficticio, del hombre-peze persiste con una porción de versiones y variantes. La más auténtica y documentada es la que compuso en el año 1748 D. Fernando Antonio del Hoyo Venero, cura de Liérganes, suscrita por muchos testigos, y de la cual existe una copia en el Museo Británico.

C. R. Salamero

EMBUSTES CALLEJEROS

Su puesto en el arroyo tiene Mariano con plátanos encima de un cesto plano.
—¡Plátanos de la Habana!— grita. Y son buenos; mas de allá no han venido, ni mucho menos.

Le llaman á una calle de aspecto extraño «Calle de Buenavista», y es un engaño; pues, según el vecino Ramón Cienfuegos, casualmente es la calle donde hay más ciegos.

Pasa una billetera de pelo tordo, gritando: — ¡El de la suerte! ¡Quién quiere el gordo! — No creáis lo que sale de aquella boca,

pues aunque ella lo anuncia, después no toca.

A una mula un carrero de genio malo, dice: — ¡Arre, Córdoba! —, dándola un palo.
¿Y sabéis lo que es cierto? Que la zurrada no es de Córdoba, sino de Fuenlabrada.

— ¡Adiós, Delgado! — dicen á un caballero, haciéndole un saludo con un sombrero; y con una mentira le han saludado, porque nadie hay tan gordo como Delgado.

Sobre una valla, en letras irregulares, dice un cartel: «Se venden

estos solares.»
Y á la verdad, señores, con ello ofenden, pues todo el mundo observa que no se venden.

Al balcón está Carmen, y Juan la grita:
— ¡Mi única ilusión eres, Carmen bendita! —
He escuchado esta frase y he dado un brinco, porque Juan hace tiempo que quiere á cinco.

Todo lo que he citado ¿qué es lo que prueba? Que, lo mismo en estío que cuando nieva, por todas partes, como costumbre rancia, sólo hallamos mentiras en abundancia.

Juan Pérez Zúñiga